

UCLA

Mester

Title

De bibliografía del Siglo XIX a los facsímiles de Gredos

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/5tj522jj>

Journal

Mester, 3(2)

Author

Rodríguez-Cepeda, Enrique

Publication Date

1973

DOI

10.5070/M332013444

Copyright Information

Copyright 1973 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

De bibliografía del Siglo XIX a los facsímiles de Gredos

A la memoria de
Don Antonio Rodríguez Moñino

Decía Ticknor, por 1849, que en España el negocio de “la librería ha sido siempre desconocido”; y tenía razón en parte, porque él pensaba tan sólo en la manera en que los libreros españoles vendían su mercancía. El hispanista americano se daba cuenta además que los libros así no iban justamente a las manos más precisas ni encontraban el precio más conveniente, y que piezas bastante preciosas y raras en el mundo entero desaparecían de la forma más absurda y fría imaginables. De tal manera podríamos decir hoy que el librero español, sin verdadera conciencia de ello, ha ayudado desgraciadamente a la funesta historia del libro en lengua española. La situación se entenderá mejor si comparamos con lo que libreros de otros países han hecho por sus respectivas culturas. Ahora bien, esto no debe dañar a nadie sin tener en cuenta las circunstancias que han rodeado a esta nuestra historia; debemos pensar en la inseguridad constante (no en los '60 del presente siglo) del negocio de la librería en España, de la varia economía del cliente ideal, de los puestos de trabajo académico, del funcionamiento de las bibliotecas públicas, de la seguridad del propio país, de la continuidad de sus corporaciones, etc., etc. Al fin, pues, todos, unos por unas razones y otros por otras hemos contribuido a ese desastre sin remedio. Pero lo peor es que esta descuidada situación ha repercutido grandemente en nuestros saberes y en la forma de cuidarlos. Por esto la erudición española y su bibliografía han ido de aquí para allá, rezagándose sin orden y sin descanso. Todavía hoy hay personas que no saben entender ni distinguir que la base de una cultura y su crítica dependen, en gran medida, de lo adecuado y proporcionado por la erudición. Veamos, nada más en panorama, algo de lo que pasó en la bibliofilia de la centuria romántica y algo de lo que pasa en nuestros días.

Una buena y justa semblanza de qué sean estas “ciencias” (erudición y bibliografía) y cómo explican hechos importantes de la historia y estética literarias, la expresaron, a la cabeza del célebre *Ensayo* de Gallardo, los señores Sancho Rayón y Zarco del Valle; casi desde esta publicación contamos con la moderna bibliofilia peninsular, la bibliografía con alma, no ese otro sucedáneo ilegítimo, de almacén y rastreo, seco y de palo, que con tanta frecuencia confunde y desorienta, y, lo peor, obra a escondidas como sombra y envidia de aquella primera ciencia tan ilustre y necesaria.

De la historia del libro, del amor a éste y de la honesta erudición han podido nacer los bien llamados facsímiles. Estos, desde su afortunada aparición en el pasado siglo, se han ido afianzando y han ganado tanto terreno en las últimas décadas que ya se han asegurado un espléndido futuro y una necesidad indiscutible. El libro en facsímil volverá a enseñarnos, de la mejor manera, la pieza rara y poco conocida, el dato olvidado o perdido, la fina historia del libro y de la imprenta, la vieja cultura de pequeñas ciudades impresoras hoy abandonadas; pero sobre todo será ayuda fundamental en la investigación y no se perderá el sabor de la página impresa en buenas condiciones, tan dolida ahora por el homicida libro de bolsillo. Por esto aplaudimos a los editores y Editoriales que, con acierto y esfuerzo, se han dado cuenta del valor de la posibilidad bibliopolesca del facsímil. El caso especial de la Editorial Gredos es, diríamos, todavía de más interés y aplauso porque se ha decidido a reproducir no libros antiguos y raros, sino libros de nada más que hace unos cien años, libros de erudición, útiles y necesarios para todos los interesados en nuestra cultura literaria e histórica. En estos libros reproducidos se sustentan partes fundamentales de lo escrito en nuestra lengua y en ellos está grabada además la mala historia del libro peninsular y la

parabólica trayectoria de nuestras bibliotecas. Sin este tipo de publicaciones al alcance, las letras de cada país pueden ir perdiendo su futuro al olvidarse la erudición que siempre va fijando las ideas y los pareceres al retornar los hechos a su verdadero cauce y sentido histórico. Hoy un simple dato puede hacer peligrar el mejor andamio de ideas construído.

Antes del siglo XIX nuestra bibliofilia erudita no es más, y es bastante en algunos aspectos, que el *Catálogo* de la biblioteca de Fernando Colón (siglo XVI), la grande obra de Nicolás Antonio – la segunda parte póstuma – (siglo XVII), interesantes y salteados esfuerzos del siglo de las luces como son el *Ensayo de una biblioteca . . .*, de Sempere y Guarinos, el primer *Diccionario* de la Academia (llamado de “Autoridades”) y los *Orígenes del teatro español* de Moratín. El siglo XIX es muy diferente y pudo ser más brillante si las desgracias no se hubieran sucedido, primero en hombres como Gallardo y Salvá y luego (lo más triste), si fabulosas bibliotecas no hubieran salido de España; y esto respetando profundamente la importante labor de hispanistas como Archer M. Huntington y Ticknor.

También fue de importancia en el siglo pasado el movimiento bibliográfico originado por los premios de la Biblioteca Nacional, de donde nacieron obras como la citada edición del póstumo *Ensayo* de Gallardo y otros 25 títulos más, con obras de Picatoste, Alenda, Blanco, Pérez Pastor, Hartsenbusch y Cotarelo, etc., y, aparte siempre, la obra de Menéndez Pelayo. En el siglo XX es muy digno de citar el movimiento científico que originó Menéndez Pidal en torno a la *Revista de Filología Española*; después no hay mucho que añadir a los nombres de Homero Serís y Rodríguez Moñino que han realizado la mayor parte de su obra fuera de España. Lo hecho en estos últimos años en la Península es útil, de interés vario y con algunos trabajos de sana intención; sin embargo la mayoría de publicaciones son incompletas, no mantienen un criterio equilibrado y justo, y, lo peor, se nota en ciertas colaboraciones ausencia de interés y poco gusto por el libro. La obra de J. Simón Díaz es necesaria pero desgraciadamente parcial e impura.

Podemos repetir que la bibliografía española nació en el siglo pasado y que con la aparición posterior del facsímil se ha completado así en algo la tradición libresca de la bibliofilia romántica. El facsímil del siglo XX ha tenido en la literatura española dignísima aplicación; contamos, primero, con el grandioso esfuerzo realizado a partir del año 1900 por el citado Huntington, en su fantástica serie de *Reprints* de The Hispanic Society of America, algo realmente fastuoso, debido al gusto, al saber y a la fortuna¹. Después otros esfuerzos menores de la Academia Española, pequeños intentos de particulares y el trabajo, todavía en movimiento, de Antonio Pérez Gómez, sin dejar de mencionar Joyas Bibliográficas y Pliegos Poéticos Góticos de la Biblioteca Nacional de Madrid. Los facsímiles aportados por la Editorial Gredos vienen a llenar un vacío, revivir y solucionar el olvido que las nuevas generaciones tienen de la erudición pasada.

La historia de la bibliografía española en el siglo XIX puede ser un hermoso, aunque triste ejemplo, de lo que está pasando y puede pasar al libro español. El mal mayor pasó ya porque no hay esperanza de recuperar joyas únicas que perdimos por negligencia, inconsciencia, desgracia, fatalismo e inseguridades de la vida nacional; en otros casos lucro e insana economía profesional. Dos momentos históricos en el siglo XIX van a determinar muchas vocaciones de eruditos españoles gracias a movimientos de libros que descansaban ociosos en estantes oficiales. Muchas bibliotecas particulares se pudieron formar con la célebre Desamortización de Mendizábal, y, luego, con la política universitaria que desarrolló don Antonio Cánovas del Castillo.

El movimiento de Mendizábal, que ya era anterior a 1837 y que influyó decididamente en la bibliofilia romántica (con efectos especiales en Gallardo, por ejemplo), no tuvo verdadero impacto hasta el principio de los años cuarenta, volviéndose a rehacer su acción por 1854 y 1855, cuando la Península debía sufrir una verdadera purga económica por causa de la guerra

civil de entonces; la nueva colocación de materiales culturales del país y el reajuste de bibliotecas oficiales y particulares de estos años produjeron una reacción bibliofílica de alta calidad que vino a recoger sus productos unos años después, en el momento de la Restauración del citado Cánovas. Esta historia de casi cincuenta años del libro español quedó reflejada en las bibliotecas de Gallardo, Usoz, Gayangos, Sancho Rayón, Serafín E. Calderón, Cánovas y otros polífticos de la época, etc., más la del afortunado Manuel Pérez de Guzmán, mejor conocido por Marqués de Jerez de los Caballeros. La fortuna y adversidad es que este pedazo de historia y el esfuerzo de tantos hombres insignes fue a parar a las manos del sabio y culto mecenas Archer M. Huntington sin nadie querer darse cuenta del drama.² La biblioteca del Marqués se había nutrido de manera especial todas esas bibliotecas particulares citadas, sobre todo de la de Sancho Rayón, muerto en 1900; la biblioteca del aristócrata extremeño, que tanto habían usado eruditos como Menéndez Pelayo y Rodríguez Marín entre otros, se vendió al estudioso norteamericano en 1902. Esta acción, de manera indirecta, ha ido haciendo mucho daño a la bibliofilia española porque se ha visto privada de libros rarísimos en el mercado, y del interés de nuevos bibliófilos, quedando así diezmada la posibilidad de una nueva erudición nacida en el propio país. Ahora no nos queda más remedio que hacer erudición y bibliofilia con los medios adoptados por Homero Serís, esto es, formar un *Nuevo Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos* en “presencia de los ejemplares de la Biblioteca de The Hispanic Society of America en Nueva York y de la Tickner Collection de la Biblioteca Pública de Boston”. Mas volvamos a nuestro asunto.

Don Antonio Rodríguez Moñino ha sido quien mejor conocía la historia de la bibliografía española en el siglo XIX; su prólogo al tomo III del *Catálogo de los Manuscritos poéticos castellanos de The Hispanic Society of America* (Nueva York, 1966), es apasionante y está lleno de datos de sumo valor; de él son las mejores semblanzas que tenemos del gremio bibliopolesco de la época. Casi nada sabíamos de un hombre tan importante y tan sabio en libros como Sánchez Rayón, editor del *Ensayo* de Gallardo; ahora sabemos que fue el más hábil bibliófilo del momento, con el apodo de *El Culebro*, “al igual que a don Eduardo Mariátegui se le conocía por *El Soldado*, a Riañe por *Majema* o a Barbieri por *El Maestro Seguidilla Y Cardererilla*. Todos ellos y otros muchos—La Barrera, Benito Maestro, Durán, Estébanez Calderón, Usez, Cánovas, Camus, Fabio, Moreno López, Muñoz y Romero, etc.—formaban parte de la gloriosa falange de bibliófilos, nutridos a la sombra de la Desamortización”, y que “el siglo de oro de la bibliofilia española fue el construido por la centuria inmediata a la nuestra. El enorme tesoro bibliográfico que poseían iglesias y monasterios fue arrojado por causas de todos conocidas, . . . poniendo en circulación millones de volúmenes que llevaban siglos sin abandonar los pluteos conventuales”, y así de “una parte ello dio origen a la creación de las bibliotecas públicas organizadas por el Ministerio de Fomento. De otra, ingresaron en el comercio una infinidad de obras raras que, como sobrante y desecho, inundaron el mercado español. Bien es verdad que una importantísima cantidad pereció de modo brutal convertida en cartuchos o alimentando el fuego de las cocinas” (págs. 13-14).

La época de Cánovas se caracteriza, como reorganización de la desbandada anterior, según esta otra cita de Rodríguez Moñino, “modelo de Bibliógrafo moderno” (asertada definición de H. Serís), que dice que los gustos de “los canovistas, en general gente de bien cubierto riñón, dieron en la manía de ser compradores de libros. Muchas fueron las bibliotecas que se formaron por aquellas calendas, bastantes politiquillos cuyos nombres no hubieran pasado de las ásperas páginas de los diarios de sesiones, los tienen hoy estampados con letras de oro en la historia de la bibliofilia española sólo por lo que reunieron o reimprimieron” (p. 42 del *Catálogo* citado). Al apasionado bibliófilo Cánovas le llamaban el *Monstruo*.

No nos extendamos más porque estas notas presentes solamente pretenden recordar y crear el marco adecuado de la erudición del siglo pasado y de los facsímiles que Gredos publica bajo la dirección del sabio don Dámaso Alonso. Seis reproducciones de obras de investigación y consulta lleva editados, y otros cinco en preparación, más, 'Ojalá!', los que se puedan añadir en años sucesivos.

Al *Diccionario de Autoridades* le continuó el importantísimo *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, de don Bartolomé José Gallardo,³ obra póstuma, coordinada y aumentada por los Sres. Zarco del Valle y Sancho Rayón. Si no murieron las notas y papeles de don Bartolomé, sí murió él y el destino de su importante biblioteca en 1852; sin hijos y sin testamento los bienes se repartieron y los libros fueron a parar a las manos de su sobrino Juan Antonio, no buen conocedor de este tesoro y dispersador del mismo. Es verdad que todos estos materiales pudo adquirirlos la Biblioteca Nacional, pero el docto costumbrista Mesonero Romanos no quería entender de viejos códices y el asunto se quedó en nada. El conjunto libresco siguió dividiéndose hasta que llegó a las hábiles manos de don José Sancho Rayón, dejando partes inferiores para Gayangos, Barbieri y Mariátegui. Las notas, papeles y "apuntaciones" también fueron adquiridos por Rayón,⁴ quien en compañía de Zarco del Valle usarían para confeccionar el citado *Ensayo*; también es verdad que otros papeles y notas se repartieron entre La Barrera, Barrantes, Fernández Guerra, etc., y que más tarde irían a parar a los estantes de Rodríguez Moñino. El tomo I del *Ensayo* salió a luz pública en 1863, a los once años de la muerte del erudito autor. Consta de 1404 columnas de artículos, con 1284 fichas descritas; le acompaña un Apéndice de F. Guerra en cuatro partes sobre "un precioso códice colombino", "rasgos inéditos de Cetina, Cervantes (carta inédita) y Quevedo", con "algunos datos nuevos para ilustrar el *Quijote*". A continuación se publican los entremeses de "La cárcel de Sevilla", "Hospital de podridos" y "siete romances" compuestos por el bachiller Engrava (Cervantes?). Gayangos había colaborado en lo relativo a los libros de caballerías y en la descripción del *Cancionero* no. 484. Todos los materiales ofrecidos son anteriores al siglo XVIII y comprende este tomo I desde la letra A a *Anónimos* (326 y 958 fichas, respectivamente). Los artículos están redactados con cuidado y esmero, copiándose los párrafos más importantes y ofreciendo raros e interesantes poemas completos. Así obtuvieron los dos nuevos eruditos el primer premio bibliográfico anunciado por el Ministerio de Fomento en 1861-62.

La justa fama y aceptación de este primer tomo obligó a los compiladores a preparar un segundo que apareció en 1866. Ahora las letras abarcadas eran de la B a la F, 1104 columnas y los artículos-ficha llegaron al no. 2,273; le acompañaba un "Apéndice" de 180 págs. con un "Índice de Ms. de la Biblioteca Nacional", que Gallardo había extractado hace años. En este tomo se citaba por primera vez una parte en extracto del *Registrum* de libros de Fernando Colón. Los editores daban las gracias a Gayangos, Barbieri, etc., porque por ellos "han podido redoblar sus esfuerzos con más holgura en la mejora de cada artículo".

Tenemos que esperar un intervalo de 22 años para ver el tomo III que ya no firman y completan Rayón ni Zarco del Valle. En 1867 murió Estébanez Calderón, *El Solitario*, y su buena biblioteca de casi 10.000 volúmenes fue comprada por el Ministerio de Fomento con intervención de Cánovas; poco después pasó a la custodia de Sancho Rayón, quien con otros materiales de otras bibliotecas y de la del Marqués de la Romana se disponía a completar el *Ensayo* de Gallardo. Tres años después de que Rayón perteneciera a la comisión de la Desamortización de enero de 1869, es apartado de los fondos librescos del Ministerio de Fomento por Cayetano Rosell y tiene que cesar sus trabajos porque ya en 1875 está muy lejos de poder usar los caudales bibliográficos que necesitaba; estos problemas más "ciertas diferencias" con Zarco, según asegura Rodríguez Moñino (pág. 43 de su Catálogo . . . , citado)

le apartan definitivamente del “proyecto Gallardo” que pasa a las manos de don Marcelino Menéndez Pelayo.

El tomo III salió en 1888 con una “Advertencia” de don Marcelino aunque todavía perduran los nombres de Rayón y Zarco del Valle en la portada; comprende las columnas 1280, con 1267 artículos, de la letra *G* (Galán) a *P* (Pulgar). El tomo IV, de las mismas características del anterior, comprendía 1,116 columnas y hasta la ficha-artículo no. 4376; además iba acompañado de un “Suplemento” de las columnas 1121 a 1450, con las fichas de 4377 a 4509, y unas “Últimas adiciones”, columnas 1457 a 1572, con las fichas 4,510 a 4,585.

El *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, de Cayetano A. de la Barrera y Leirado, es la fuente más importante que poseemos del teatro español, sobre todo de la llamada “Comedia Nueva” de Lope de Vega y sus seguidores hasta Calderón y Bances Candamo. Se dice que el autor examinó con gran detenimiento, para confeccionarlo, las mejores bibliotecas particulares de la época, aparte de incorporar todos los “catálogos manuscritos” de teatro español que se encuentran en la Biblioteca Nacional de Madrid, realizados por distintas manos y coleccionistas.

Si pensamos que de 1585 a 1685 se escribieron en España unas 35,000 comedias, que los poetas no pusieron en ellas extrema intención artística ni cuidado la mayor parte de las veces y permitieron que los histriones cambiaran tal o cual verso y completaran tal o cual escena, podemos imaginarnos lo difícil que es dar autorías a las pistas ya perdidas por el tiempo y por las diferentes manos y situaciones por las que ha pasado esta época teatral. Con todo, todavía el *Catálogo* de La Barrera es el más completo y justo, el que más se acerca a la realidad literaria de los siglos de oro. El problema es que aun hoy nos queda por realizar el aparato erudito de este teatro, posiblemente el asunto bibliográfico más misterioso sorprendente y rico que literatura moderna posee.

El texto va precedido de una “Noticia de varios índices de comedias, autos, entremeses y otras producciones del teatro español, impresos y manuscritos”. A continuación se ordena alfabéticamente por apellidos (aunque Bances Candamo hay que encontrarlo en Candamo y a Pérez de Montalbán por Mantalbán, etc.), un índice bibliográfico de autores, en el que se incluyen sus biografías y el repertorio de las obras de cada uno. Después de un “suplemento al índice de autores” se encuentra el de títulos, distribuido en tres secciones: a) De comedias, tragedias, tragicomedias, novelas dramáticas, farsas, pasos cómicos, églogas, diálogos, coloquios, dramas musicales y zarzuelas; b) Autos y loas sacramentales; c) Entremeses, bailes, sainetes, mogigangas, saraos, fines de fiesta, loas humanas y jácaras. Los apéndices son varios: desde loas humanas y piecitas representadas en el Teatro de la Cruz hasta una colección de sainetes y tonadillas del Teatro del Príncipe, más una “noticia bibliográfica de las antiguas colecciones dramáticas españolas que comprenden obras de varios autores”. La obra de La Barrera se publicó en 1860.⁵

La *Historia crítica de la literatura española*, de don José Amador de los Ríos, es la única obra y más importante que tenemos de nuestra literatura antigua peninsular, desde los tiempos latinos, pasando por la dominación visigoda y árabe, hasta el reinado de Carlos I ó V de Alemania. La obra comprende siete tomos, publicados de 1861 a 1865, en Madrid, en diversas imprentas (Rodríguez y Muñoz).

El tomo primero, aparte de una dedicatoria a la reina Isabel II y una breve “advertencia”, va precedido de una introducción de más de cien páginas, en donde se habla de la cultura española y de su aportación al mundo; también del “espíritu, carácter y tendencias de la crítica literaria en España” y, en

especial, el siglo XIX, más “el objeto y plan de esta obra”, dividida en dos partes, una hasta el siglo XII y la otra hasta el XVI. Cada época que se estudia va acompañada de unos apéndices, que el autor llama “ilustraciones”, al fin de cada tomo, con un facsímil correspondiente a la escritura de cada época. Los demás tomos siguen las mismas características. Al séptimo le acompaña otra breve “advertencia” y cuatro interesantes apéndices sobre literatura del siglo XV.

De Menéndez Pelayo son las siguientes palabras sobre la presente obra: “Trabajo hercúleo; monumento que honra el nombre de su autor y de la erudición española; enorme material que organizó por primera vez”, aunque, según ha notado H. Serfís “las firmas que da Amador de los Ríos de los manuscritos son inexactas o están trastocadas”. Con todo es estudio fundamental, todavía utilísimo porque no se han superado por la crítica moderna la mayor parte de artículos escritos hace más de cien años.

El *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, de don Juan Sempere y Guarinos, se publicó en Madrid, en la Imprenta Real de 1785 a 1789, en seis volúmenes (ahora en facsímil encuadernados en tres). Esta obra es un fino trabajo de erudición bio-bibliográfico de los escritores de ese reinado del siglo XVIII español, en donde se pueden encontrar las mejores y más justas objeciones bibliográficas acerca de mucho tipo de saberes en la época. La cultura y formación de don Juan era variadísima y muy completa; pensemos que publicó libros sobre materia jurídica, de costumbres, lujo, etc.

La información de la Biblioteca es de gran utilidad porque abarca todos los géneros literarios, un apartado al periodismo, y otros temas. El tomo I, aparte de la dedicatoria a don Felipe López Pacheco, Marqués de Villena, le encabeza un interesante “Discurso preliminar sobre los progresos de la literatura de los españoles en este siglo” (estudio complemento del “Discurso sobre el gusto actual de los españoles en la literatura” publicado a la cabeza de su traducción de la obra de Muratori sobre el gusto literario de la época), en donde llega a decir que estos dos prólogos intentan “demostrar que nuestra nación piensa ahora bien por lo general”, y que “un sabio español” decía: “...as llegará el día en que las ciencias valgan . . .”

Comienza la obra de Sempere por orden alfabético de autores, corporaciones, academias, etc., describiendo vida, obras, trabajos y ocupaciones. Este volumen comprende las letras A y B. El tomo II, del mismo año, va acompañado de un sutil prólogo en donde se justifica de “los errores de su obra” que han sido mencionados justamente por las personas que no se encuentran citados en su *Ensayo* Tomo I, pero que quisieran encontrarse; estos son los problemas de “hablar de hombres vivos”. El tomo comprende la C y D. El tomo III es de 1786 y comprende hasta la L; lleva dos adiciones, una de Forner. Al tomo IV de 1787 le acompaña otro pequeño prólogo en donde nos habla de la buena acogida que está teniendo su obra. Abarca de la M a la Q, con adición de Masdeu. Otro prólogo para el tomo V de 1789, en donde expone la lógica de su obra muy lejos de “dos errores muy comunes y dañosos: uno hijo de la ignorancia y otro de la presunción. El primero es el de los que piensan y creen que en España se sabe de todo y que, en materia de literatura, para nada necesitamos los libros de los extranjeros; . . . el otro error es el de los que creen que no hemos adelantado nada”. A continuación se hace una buena semblanza del periodismo en la época. Van la R y S. El último tomo completa la S y llega hasta el final. Le acompaña un valioso índice de autores y materias tratadas. Excelente obra.

Está en curso de publicación *Historia de la lengua y literatura castellana*, de Julio Cejador y Frauca; obra utilísima, con un acarreo de datos sorprendentes aunque el orden no sea moderno. De próxima aparición se anuncian dos obras del Conde de la Viñaza, *La biblioteca histórica de la filología castellana* y *Bibliografía de lenguas indígenas de América*, además de

los *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas desde el año 1401 al 1833*, de Manuel Serrano y Sanz, y la *Biblioteca Nova* de Nicolás Antonio. Esperamos que no acaben aquí los buenos ánimos de la Editorial Gredos.

Enrique Rodríguez Cepeda

Universidad de California, Los Angeles

Notas

¹ Esta serie de facsímiles de obras de valor son hoy rarísimos también y difíciles de encontrar en el mercado; de algunos de ellos se ha realizado recientemente una reimpresión por la casa Kraus de Nueva York.

² F. Rodríguez Marín contó algo de cómo se conocieron estos bibliófilos; después han comentado la compra-venta H. Serís en el prólogo al tomo I de su *Nuevo Ensayo de libros raros y curiosos*, Nueva York, 1964; y Antonio Rodríguez Moñino, en la "Advertencia preliminar" con "Apéndices" de cartas y documentos (a su citado Catálogo de los manuscritos poéticos castellanos de The Hispanic Society of America, Nueva York, 1966, tomo III), ha dado la versión más fiel y completa del asunto. Las 60 páginas de esta "Advertencia" son lo mejor que tenemos hasta ahora sobre la historia del libro español antiguo en el siglo XIX.

³ Sobre Gallardo tenemos los siguientes libros: *Don Bartolomé José Gallardo, noticia de su vida y escritos*, Madrid, 1921; *Estudio sobre la crítica literaria en España. Don Bartolomé José Gallardo y la crítica literaria de su tiempo*, Nueva York, París, 1921; el primero de Juan Marqués Merchan y el segundo de Pedro Sainz y Rodríguez. Antonio Rodríguez Moñino tiene tres de importancia: *Don Bartolomé José Gallardo el día 13 de junio de 1823. Estudio bibliográfico*, Madrid (Valencia), 1955; *La de San Antonio de 1823. Leyenda y realidad de lo sucedido con los libros y papeles del insigne bibliógrafo D. Bartolomé José Gallardo*, Valencia, 1957; y *Catálogo de los libros y papeles robados al insigne bibliógrafo don Bartolomé José Gallardo el día 13 de junio de 1823. Estudio bibliográfico*, Madrid, 1957.

⁴ Por entonces Sancho Rayón no tenía más de 27 años, pues había nacido en 1830. A partir de 1859, tan precoz bibliófilo, siguió publicando los cuadernillos *El Crítico* que Gallardo había dejado incompletos y prometidos. Rayón además participó en la publicación de varios tomos de la Sociedad de Bibliófilos Españoles, fue codirector de la importante colección *Libros españoles raros y curiosos* y de los *Documentos enéditos para la historia de España*; y, aparte de otros trabajos bibliográficos, publicó unos cuarenta facsímiles de pequeños folletos góticos durante los años de 1871 a 1874. Estas noticias se pueden ver y completar en el tomo III del *Catálogo*... citado de A. Rodríguez Moñino.

⁵ Todavía, después de tres años, estamos preparando, en colaboración con los Profesores Richard H. Falk y Segismundo Montero, una puesta al día total del *Catálogo* de La Barrera, comprendiendo todos los materiales que sobre teatro antiguo español han aparecido de 1860 a 1970.

Como si tiraras de enarenada víscera
con tu futuro,
ahora prevenido
somos pelícanos sin presa
y tienes hambre de raíces.

Miguel Viñuela